

Biblioteca-Films

NELLIE

Núm. 28

25

cénts.



AE
USCH



FLYNN, Emmet C.

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

O

3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

Nellie, the Beautiful Cloak Model
1924

NELLIE

LA BELLA MODELO

Interesantísima novela de amor

creación de

CLAIRE WINSOR y MAE BUSCH

Edmund Lowe - Dorothy Cummings.

P. Metro

Hobart Bosworth

Low Gaby Raymond

EXCLUSIVAS: Goldwyn Cosmopolitan Corporation *Griffith*

Rambla de Cataluña, 122 - Barcelona

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Dictionnaire Cinéma Universel
de Jeanne FORD

Ver: FLYNN/país 229

La noche ha tendido su manto sobre Nueva York. En el Paseo del Río, uno de los lugares más hermosos de la ciudad, reina la obscuridad y el silencio.

En esta espléndida Avenida tiene su fastuosa residencia Robert Horton, quien en el solo espacio de cinco años ha logrado, gracias a su férrea voluntad, elevarse de la nada hasta ocupar uno de los lugares más preeminentes en el mundo de las finanzas, pues se le considera como uno de los magnates de la industria del petróleo.

Si el dinero fuera la felicidad, como suponen los que nada poseen y se juzgan desgraciados por el solo hecho de ser pobres, Robert Horton debiera ser completamente venturoso, mas por desgracia para él, ni la fortuna, lograda a costa de penalidades mil, a través de una vida de lucha, ni un matrimonio feliz, ni siquiera la existencia de una hija fruto de aquella unión, son suficientes a que su espíritu goce de la tranquilidad con tanta perseverancia perseguida.

Y Robert Horton no es feliz porque una enfermedad traidora tiene minada su salud. Frecuentes ataques apopléticos han ido minando su vida, y tras dejar en él honda huella, como lo es una cojera de la que no se verá

libre jamás, la constante amenaza de que los ataques se repitan le resta energías y hasta pone en peligro la buena marcha de sus florecientes negocios.

Pero hemos aludido a la hija de este mimado de la fortuna, aunque no de la suerte, y la pequeña Nellie bien merece que le dediquemos unas líneas.

Rubia como los rayos del sol, cuando comienza nuestra historia se halla en esa edad dichosa de la inconsciencia infantil, en que todo sonríe en torno de quienes, como ella, han tenido la fortuna de venir al mundo en circunstancias que permiten esperar en un futuro libre de amarguras.

Nellie, en su adorable inocencia, no participa, no puede participar de las hondas preocupaciones que asaltan al autor de sus días.

En efecto, Robert Horton se encuentra bajo la amenaza de un nuevo ataque cuyas consecuencias sobre lo funestas que puedan ser para su salud, harto quebrantada ya, pueden influir de manera definitiva en sus asuntos, pues en estos momentos el mercado del petróleo está amenazado a su vez de un pánico.

Robert, deseando conjurar el peligro, ha adoptado determinadas precauciones, entre las que figuran las de hacer que Margarita, su esposa, haga un viaje por Europa, viaje que debe durar un año, que es el tiempo que juzga preciso para la total realización de su plan.

Y he aquí en lo que consiste su plan.

Robert Horton tiene un primo, Ricardo Lipton, quien en un tiempo estuvo asociado a sus negocios, que abandonó, porque, enamorados

ambos de la misma mujer, de Margarita, al decidirse ésta por Robert, Ricardo, herido en lo más profundo de su corazón y no queriendo sufrir la tortura de permanecer cerca de la mujer adorada, para verla feliz en brazos de su rival, decidió alejarse para siempre de aquel hogar.

Sin embargo, Ricardo-Lipton se halla aquella noche en casa de su primo y en las habitaciones de éste, que le ha llamado y que le espera.

Cuando Robert se retira, allí está Ricardo.

Al encontrarse frente a frente los dos hombres, Ricardo pregunta a su pariente:

—Me mandaste venir pidiéndome que entrase por la ventana. Aquí estoy. ¿Para qué me llamas? ¿Qué quieres de mí? ¿A qué viene este misterio?

—No quería que nadie te viese entrar, Ricardo. Me siento amenazado de un nuevo ataque más intenso que todos los anteriores. Necesito completo reposo; cambiar por completo de vida.

—Tú sabes lo mismo que yo cuál es la situación del mercado del petróleo—prosigue Robert—. Estamos en vísperas de un pánico y si yo me ausento y mis rivales llegan a enterarse de mi ausencia y del pésimo estado de mi salud, aprovecharán la ocasión para arruinarme. Como tú y yo somos de un parecido tan asombroso que se nos confundiría a no ser por tu bigote, quiero aprovechar esa feliz circunstancia para que me sustituyas, sin que nadie se entere, por espacio de un año, durante el cual has de hacer creer a todos que eres Robert Horton.

—¡Pero, Robert!—responde Lipton—. ¿No ves que eso no es posible?

—No puede ser más sencillo, Ricardo. Bastará que te afeites, que te peines igual que yo y que imites mi manera de andar, lo que no te será difícil, y ya verás como no hay quien no te confunda conmigo.

—Pero, ¿y Margarita? ¿Y tu esposa? ¿Creerá también en el engaño?

—Por mi mujer no tenemos que preocuparnos. Hice que los médicos le recomendasen un viaje por Europa y ya está en camino. Permanecerá un año alejada de aquí.

—Ahora bien, para no dar que sospechar y evitar murmuraciones, he hecho que la niña quede aquí, a «mi» lado. La gente no sabrá nunca nada de esto.

Ante tan insólita e inesperada proposición, en el rostro de Ricardo Lipton se refleja un gesto de contrariedad, de duda.

Robert, que teme ver frustrado su plan, insiste en su ruego aduciendo nuevos y poderosos argumentos.

Fuimos buenos amigos desde niños, Ricardo, y si bien es cierto que ambos pusimos los ojos en la misma mujer y que ella me prefirió a mí, no por eso dejamos de sentirnos ligados por el mismo afecto... ¡No me abandones en momentos en que tú solo puedes ser mi salvación!

—¿Qué pensaría Margarita si llegase a saberlo? ¡No, Robert, no me es posible complacerte!

—¡Mírame enfermo y abatido! Piensa lo que va a ser de mí después del ataque que me

amenaza... Si no por mí, hazlo al menos por la pobre Nellie, a quien aguardan la orfandad y la miseria...

—¡Pues bien, lo haré por ella, Robert!

Y previa una brevísima conferencia para imponer a su primo en la marcha y el estado de sus asuntos, así como para adiestrarle en su cojera, Robert Horton abandona misteriosamente su hogar dejando en él a su contrafigura, convenientemente transformado.

En esta ficción transcurren los días, las semanas y los meses.

Ricardo Lipton, atento a velar por los intereses que le confiara su primo, no descuida tampoco las atenciones para la pequeña Nellie, la hija de la mujer que aun sigue amando.

Y llega el plazo fatal en que el verdadero Robert Horton debe reintegrarse a su casa.

Ricardo, ante aquella dolorosa e inevitable separación, acaricia, como tantas otras veces, pero con el dolor de que tal vez sea la última, a la linda muñeca rubia:

—Mañana llega tu mamá—le dice.

—Yo quiero mucho a mi mamá... lo mismo que a ti—le responde la niña.

Llegada la noche de aquel día, Robert Horton, el auténtico esposo de Margarita y padre de Nellie, entra en su hogar de la misma misteriosa manera que se fué; por una ventana.

Ricardo le recibe con la satisfacción que produce el verse libre de un penoso deber cum-

plido y como quien siente caer de encima de sus hombros una carga abrumadora.

—¡Bien venido, Robert!—le dice—. Ha sido un año larguísimo para mí y estoy dispuesto para marcharme enseguida.

—¡No, no es preciso que te vayas esta noche! Saldrás mañana antes de que llegue Margarita; tu conducta no me intranquiliza, pero claro que no sería prudente que mi mujer te encontrase aquí.

En esta conversación se hallan Robert y Ricardo cuando la pequeña Nellie, abriendo, como otras tantas veces, la puerta de la habitación, y después de unos momentos de duda por la presencia de un desconocido, que no es otro que su verdadero padre, corre, con los brazos abiertos, en busca de los de su *papá*.

—¡Papá!—le dice al sentirse acogida por aquel amoroso lazo.

Robert, herido en lo más hondo de su ser, deja escapar una recriminación, precursora de un arrebato de celos, no sentidos hasta entonces.

—¿Cómo es posible que consientas que Nellie te llame así? ¡Infame!—añade—. ¡Abusando de mi ciega confianza, fijo aun tu pensamiento en *ella*, has procurado ganarte el cariño de la niña para destruir mi hogar y mi felicidad!

Ricardo queda absorto ante esta inesperada salida y apenas acierta a articular una respuesta incongruente:

—No descendas por la pendiente de la ofuscación, Robert—dice a su primo—. Piensa que

a querer tu ruina me bastaría con el conocimiento de tus negocios.

Pero Robert ya no atiende a razones.

—¡ De nada te servirá poseer mis secretos ! No podrás hacer uso de tales armas, porque el que ha pasado por Robert Horton desaparecerá esta misma noche... Y si llego a sospechar que Nellie es un obstáculo a mi dicha, desaparecerá contigo.

Y uniendo la acción a la palabra empuña una pistola ; pero cuando va a disparar sobre el grupo que forman Ricardo Lipton y Nellie, un violento ataque que paraliza su brazo, quita energía a sus músculos y le hace caer al suelo, disparándose el arma al golpe.

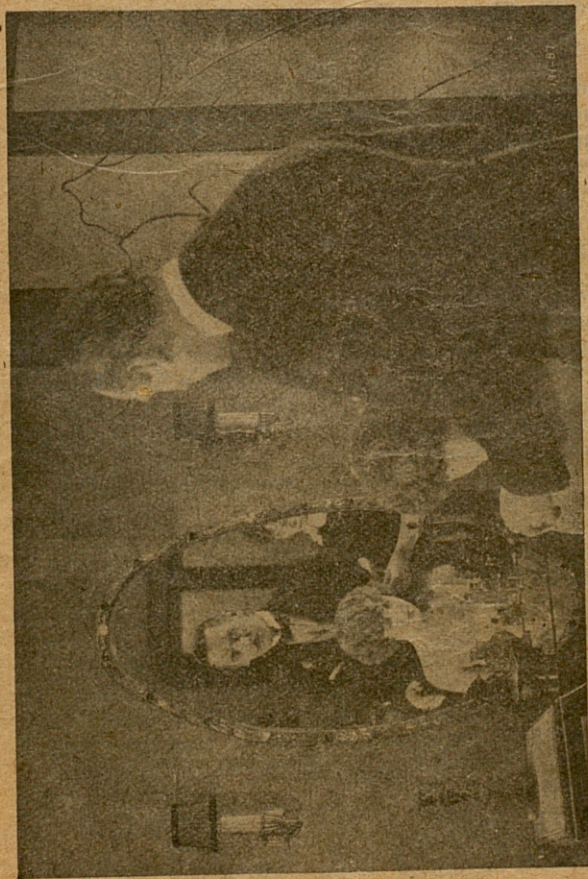
Lipton adopta una resolución rápida, como requieren las circunstancias, y cogiendo el cuerpo inerte de su primo lo transporta a otra habitación.

Cuando atraído por el ruido de la detonación acude Jordán, el criado, nada acusa la violenta escena que acaba de tener lugar en aquella estancia.

—No es nada—le dice Ricardo Lipton—. El neumático de algún automóvil que habrá estallado.

Y así pasó aquella noche, durante la cual Lipton, impulsado por el amor que profesa a la niña, carne de la carne de la mujer idolatrada siempre, y temeroso de las amenazas de muerte proferidas por Robert Horton, medita la resolución que debe adoptar...

Al día siguiente los periódicos dan una noticia sensacional, la de la desaparición de la niña



La belleza y la ingenuidad de Nellie (pág. 16)

Nellie Horton, a la que la policía busca activamente.

Mientras tanto, el estado de salud de Robert inspira serios temores, tanto, que el médico no vacila en anunciar a la afligida esposa que no recobrará el uso de la palabra ni podrá moverse jamás por sus propios medios.

Y así pasan quince años, durante los cuales Nueva York y sus costumbres se transforman tanto, que se pasa de la falda larga a la que apenas llega al tobillo; de las cabelleras dispuestas en primorosos peinados, a las lindas melenitas de ahora; del cabriolé, con el cochero a la zaga, al taxímetro, a la febril circulación automóvil...

Y aquí hemos de hacer conocimiento con un nuevo personaje, una sugestiva modelo de la espléndida casa de modas de Madame Dorette, situada en la Quinta Avenida. Esta preciosa criatura se llama Alegría, y no puede llamarse de otra manera quien como ella es la alegría hecha carne.

Cierta lluviosa mañana, al salir del obrador, Burchell, un chófer al que todos llaman «Trompo», se ofrece galantemente a llevarla en su automóvil, del que sale la linda modelo dejándose el corazón en las redes del dicharachero chófer.

Pero volvamos en busca de Ricardo Lipton y de Nellie Horton.

Desde la noche de su desaparición de casa

de Robert, Lipton se transformó en Juan Gray, tenedor de libros.

La ternura que le demuestra Nellie, a la que ha educado como hija suya, es la mayor felicidad de Juan Gray.

Pero como en el mundo no hay dicha completa, un mal día, precisamente en el que hemos tenido ocasión de conocer a Alegría y a «Trompo», Juan Gray es arrollado por un automóvil y conducido sin sentido al puesto sanitario más próximo. La noticia del fatal accidente no tarda en llegar a Nellie, cuyo domicilio está inmediato.

Se nos olvidaba decir que Juan Gray y Nellie viven en la misma vecindad de Alegría.

Nellie, la pobre niña, acude presurosa al lado del que cree su padre. Allí tiene ocasión de saber que aun cuando las lesiones no ofrecen gravedad, para su completa curación ha de observar el más absoluto reposo durante una larga temporada. Total, un remedio muy sencillo, según el médico.

—Reposo completo y no trabajar, ¿eh? ¡Y tiene usted la calma de decir que ese es un remedio muy sencillo?—contesta la infeliz niña, mientras sus ojos se empañan por las lágrimas.

Nellie piensa en su hogar destruido; en su felicidad truncada por la maldita fatalidad, toda vez que su vida y la de su padre depende del producto del trabajo de éste.

Mas dejemos a Nellie con sus tribulaciones y volvamos al lado de su madre.

El sucesivo paso de los años no logró desvanecer en el corazón de la afligida Margarita la esperanza de encontrar algún día a su hija.

Al verla de nuevo, encontramos a la desventurada madre celebrando una entrevista con Gualberto Peck, un sobrino de su marido y en quien deben recaer los millones de éste, si muere Robert y Nellie no parece.

Y decimos si muere Robert, porque tal es el fin que le amenaza desde que en la triste noche de la desaparición de su hija aquel terrible ataque le redujo para siempre a la impotencia.

Durante este tiempo también las crecidas ventas de East Lake Cooper ocasionaron la baja de estos valores que, al cerrar la Bolsa, se cotizaban a 84 con pocas probabilidades de reaccionar hasta tanto que la Compañía resuelva lo relativo al pago del dividendo trimestral.

Esta cuestión de fondos es precisamente el objeto de la visita de Gualberto Peck a su tía Margarita, a la que recurre en todos sus momentos de apuro, que son muchos.

El pedigüeño sobrino dice a su tía:

—Las inversiones de dinero que he hecho en el negocio de casas me han dejado algo escaso de fondos, tía Margarita. ¿Podrías prestarme diez mil pesos por unos cuantos días?

—¿Estás seguro de que ha sido en casas y no en otra cosa en lo que has empleado el dinero?

—le contesta Margarita.

Pero Gualberto, que conoce el alma humana y muy especialmente el alma femenina, desliza una adulatora galantería, de esas que son de positivo resultado para con toda mujer:

—¡Por supuesto, tía! ¡Tan seguro como de que tú eres la mujer más encantadora y más buena del mundo!

Esta oportuna salida le vale el codiciado

cheque, que Peck guarda muy cuidadosamente.

Y al llegar a este final, el más interesante para Gualberto, la conversación toma otro rumbo.

Margarita saca de su carpeta un papel en el que se lee: «Su hija está bien y contenta. *Un amigo.*» Y mostrándoselo a su sobrino, le dice:

—Todos los años en esta fecha, que es la del nacimiento de Nellie, he venido recibiendo igual aviso y me aterra la idea de pensar que en este...

En efecto, este año el aviso no podrá llegar.

El *amigo* autor del piadoso recuerdo se encuentra imposibilitado para efectuarlo.

En otro extremo de la ciudad, Ricardo Lipton, convertido en Juan Gray, guarda cama aun a consecuencia del atropello. Nellie le cuida como una hija amantísima y ve como poco a poco, pero demasiado rápidamente, no obstante, se van agotando sus recursos y su padre no va camino de poder reanudar sus ocupaciones.

Mas Nellie tiene cerca de ella alguien que la quiere bien y se preocupa seriamente de su porvenir.

La linda joven está en relaciones formales con Juan Cawoll, empleado en la oficina de un corredor de Bolsa.

Además, en el cuarto contiguo al suyo vive Alegría, la inquieta modelo y a ella acude Nellie en busca de consejo.

—Es probable que mi padre—le dice—tenga que quedarse en casa bastante tiempo aún y yo necesito trabajar. ¿Qué me aconsejas que haga, Alegría?

—Mi novio—prosigue Nellie—me ha propuesto casarnos con el fin de recogernos a mí y a mi padre, pero yo le he respondido que no puedo consentir que él, que no es rico, se sacrifique de ese modo y le he convencido para aguardar todavía un poco.

—¿Por qué no buscas colocación para servir de modelo en una casa de modas, Nellie? Eres bonita, tienes buen cuerpo y puedes ganar lo que quieras.

—¡Será coser y cantar, muchacha!—prosigue la jubilosa Alegría—. Con que yo les diga una sola palabra te recibirán mañana mismo en la casa en que yo estoy. ¡Fíjate en mí, Nellie, fíjate, para que te formes idea del estilo que se necesita!

Y uniendo la acción a la palabra, Alegría se pone a remedar el ritmo que adoptan los maniqués vivientes en sus exhibiciones, los gestos de encantadoras muñecas de carne y los graciosos mohines y ceremoniosas reverencias...

—¡Levanta esa frente, chiquilla, y pon aire aristocrático!... Tienes que aprender a reir como esas figuras anunciadoras de pasta para los dientes.

Aprendidos por Nellie los más rudimentarios conocimientos para la nueva profesión, al día siguiente se encamina con su amiga a casa de Madame Dorotte.

Una vez en ella, Alegría presenta a Nellie a la señorita Brake, la directora del establecimiento, verdadero templo del refinamiento femenino.

La presentación, no muy elocuente, que digamos, lo es, no obstante, lo suficiente para que

la señorita Brake, una respetable señorita, muy adiestrada en tales menesteres, se haga cargo de la situación y del caso y también de que la nueva modelo es una adquisición valiosísima para la casa.

Aceptada en el acto la pretendiente, la señorita Brake da orden a las otras muchachas para que la vistan a fin de ir la imponiendo, prácticamente, en sus deberes...

Pero como en la trama de nuestra historia juegan, simultáneamente, diversos personajes, no conviene que perdamos a ninguno de vista para darnos cuenta de como desenvuelve cada uno su vida, distanciados al parecer, pero unidos realmente por el destino, para converger, al final, en un mismo punto: el desenlace.

Así, pues, transportándonos de nuevo al lado de Gualberto Peck, tenemos ocasión de verle llegar a las oficinas del agente de Bolsa a cuyo frente está Juan Cawoll, el prometido de Nellie, al que dice:

—Aquí tiene un cheque de diez mil pesos para respaldar mis valores de East Lake Cooper.

El tal cheque no es otro que el que arrancara con zalamerías a su tía Margarita.

Cumplido este requisito, que supone para Gualberto una tranquilidad, tal vez no muy duradera, se traslada a casa de Madame Dorotte, de la que hemos de decir, aunque ello no deje de parecer extraño, que ni es tal Madame ni tal Dorotte, sino el propio Gualberto Peck en persona, dueño y señor, del negocio, tan floreciente, al parecer.

Gualberto, que ama la belleza femenina so-

bre todas las cosas, tiene su favorita entre las empleadas de su casa.

Es ésta Nita, conocida por todos como la primera modelo de Madame Dorotte, y que no es otra cosa que la última aproximación al ideal del famoso y anónimo modisto.

Apenas llega Gualberto a su establecimiento, la señorita Brake, la directora, cumple el deber de presentarle a la nueva modelo.

La belleza y la ingenuidad de Nellie no puede por menos de producir el natural efecto en Gualberto, quien aproximándose a ella más de lo razonable, le dice:

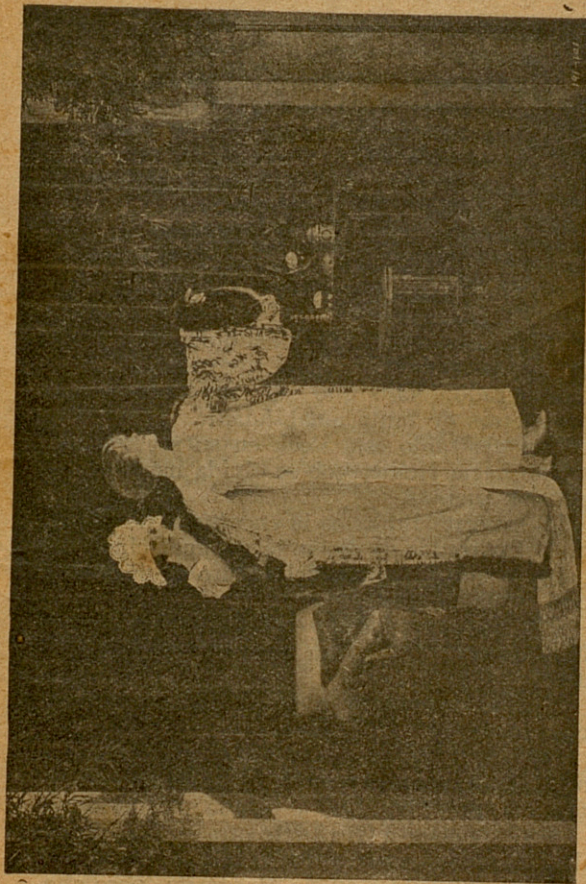
—La he hecho venir a mi despacho para decirle que tiene usted un gran porvenir en esta casa... ¿Es usted soltera?—Y añade: —Señorita, es usted el vivo retrato de cierta persona inolvidable para mí, de la que, a pesar de ello, no me acuerdo en este momento. ¡Me parece que vamos a ser muy buenos amigos!

Nellie, confundida por tanta afabilidad, no sabe qué responder y previa la venia de su principal, se retira.

Ya a solas Gualberto con la señorita Brake, dice a ésta:

—Parece una orquídea. Téngamela muy guardadita hasta que llegue nuestra exhibición anual de modelos de otoño.

Mas como todo no ha de ser prosa en la vida, Nellie, accediendo a una invitación de Alegría y en vista de que su padre está algo mejor, dentro de su estado de postración, pasa el primer domingo después de su ingreso en casa de Madame Dorotte, con su amigo, con



Y llega el instante solemne de correrse la cortina (pág. 20)

«Trompo» y con Juan Cawoll, su novio, en el campo.

Alegría, haciendo honor a su nombre, derrocha el buen humor en tanto que Nellie y Cawoll aman a toda marcha.

Y ya estamos otra vez en la tarea cotidiana. Es lunes y Nellie y Alegría se reintegran a sus obligaciones en casa de Madame.

Razón tuvo Alegría al profetizarle un gran porvenir como modelo, porque al mes de hallarse empleada en la casa, no hay quien rivalice con ella.

Gualberto, un tanto olvidado de Nita, prodiga sus atenciones a Nellie, que las acepta de buen grado, claro que sin sospechar lo que hay detrás de tanta amabilidad.

Tan abstraído está Peck en su secreta adoración hacia Nellie, que se olvida hasta de pagar sus cuentas.

La señorita Brake es la encargada de decirle que el corredor de Bolsa le reclama cinco mil pesos y que la póliza del seguro de incendios está vencida.

Por si el apremio de esos pagos fuera poco, Nita quiere también un chequecito, como ella dice.

Gualberto empieza a poner sitio a la plaza cuya conquista ambiciona.

No sólo regala a Nellie un soberbio vestido, a pretexto de que los modelos de su casa deben vestir a tono, sino que le brinda su automóvil.

Y ya tenemos a Gualberto otra vez practicando una de sus especialidades: la de pedir.

A tal fin visita a su tía Margarita, pero ahora llega en mala ocasión.

—Lo siento mucho, querido sobrino—le dice ésta—, pero no puedo disponer ni de un centavo de la herencia de Nellie. El día que llegase a saberse que ella había muerto, toda su fortuna sería tuya.

—Pero suponiendo que ella viva aun, ¿cómo podrías identificarla al cabo de quince años, tía Margarita?

—Verdad es que me la robaron siendo muy niña, Gualberto, pero la cicatriz en forma de media luna que tiene en el lado izquierdo de la frente me servirá para reconocerla siempre.

—Te aseguro que me encuentro en una situación apuradísima, tía Margarita. Tiéndeme tu mano generosa por última vez... Te prometo pagarte ese dinero muy pronto y no volver a molestarte más.

—No, Gualberto, lo siento mucho, pero mi resolución es irrevocable.

Días después de esta escena tan poco grata para Gualberto Peck, tiene lugar en casa de Madame Dorotte la exhibición de los modelos de otoño.

Los fastuosos salones de la modista de moda ofrecen aspecto deslumbrador. En ellos se ha congregado cuanto de más distinguido hay en la ciudad. La aristocracia de la sangre y la del dinero, sobre todo la del dinero, se ha dado allí cita.

Tampoco faltan los eternos descendientes del inmortal don Juan, esos Tenorios de smoking y monóculo, que aprovechan esta clase de fiestas para poner a prueba sus vehemencias amorosas.

La orquídea, como la bautizara Gualberto

Peck, va a mostrar su exquisita belleza a los ojos del mundo elegante.

Pero Nellie ignora que su presencia es esperada con avidez por centenares de miradas, muchas de ellas masculinas.

Gualberto, que hace los honores de la casa con su singular mundología, tiene buen cuidado de prevenir a todos que no dejen sospechar nada a la joven.

Y llega el instante solemne de correrse la cortina de terciopelo que separa a los espectadores de la tribuna, dispuesta a modo de escenario, por la que han de ir apareciendo los modelos.

El desfile de éstos comienza por el figurín llamado «La delicia del sultán», al que sigue «La orquídea rosada», que no es otra que Nellie.

La sala ha quedado a oscuras y hace su aparición la linda modelo ataviada con un lujosísima «toilette» que hace resaltar sus naturales encantos.

Como se trata del número principal del programa, tiene una segunda parte, aun más sugestiva que la primera titulada «El tocador de la orquídea», en la cual los espectadores, desde la penumbra de la sala, tienen ocasión de admirar cómo hace su tocado la primorosa flor simbólica.

Pero en lo más sensacional del número una mano mal intencionada da luz.

Es una venganza femenina. Nita, la predilecta de Gualberto, al verse suplantada en el lugar preferente por la nueva modelo, ha que-

rado colocar a ésta en una situación embarazosa y a fe que lo ha conseguido.

Y al hacerse la luz, al descubrirse la verdadera situación, también Gualberto arroja la máscara con que venía disfrazando sus torpes deseos respecto a Nellie.

La joven lucha denodadamente por escapar de las garras de aquel hombre, capaz de todas las monstruosidades, y en la lucha deja descubrir la cicatriz que ostenta sobre la frente.

Gualberto, al verla, queda como anonadado por unos instantes.

He aquí súbitamente aclarado el enigma de aquel parecido de Nellie con *alguien* que Peck no atinaba a saber quien era... ¿Sería posible que la bella modelo fuese nada menos que la hija de Norton?

Pero en su lucha con la joven Gualberto ha dejado caer el cigarro bajo unos portiers y su lumbre prende en ellos, provocando un incendio que toma rapidísimo incremento.

El fuego siembra el pánico y nadie piensa más que en huir.

Nellie, abandonada hasta por su conquistador, está en peligro, lo mismo que su amiga Alegría, de sucumbir, víctima del incendio. Mas «Trompo», el chófer, que como Juan Cawoll aguarda la salida de su novia de casa de la modista, previene a éste del riesgo que amenaza a las jóvenes y ambos, arrojando los mayores riesgos, se lanzan en su salvación, logrando, al cabo de no pocos esfuerzos, extraerlas del foco del incendio.

Fatalmente, el voraz elemento, ante el que resultan impotentes todos los esfuerzos, des-

truye la casa de Madame Dorotte, y con ella uno de los más pingües negocios de Gualberto Peck, sobre quien se acumulan las desdichas.

Al otro día del fuego, cuando espera confiado en que la Compañía aseguradora le resarza de los perjuicios, tiene ocasión de saber que su póliza contra incendios ha sido cancelada veinticuatro horas antes por no haberse pagado la prima correspondiente y que, por tanto, la Compañía aseguradora no le reconocerá el menor derecho a indemnización por las pérdidas sufridas.

Por si esto es poco, un telegrama de su agente de Bolsa le anuncia que si no envía un cheque antes de mediodía, venderá sus acciones para liquidar su cuenta.

Y entonces piensa en que su única salvación está en la herencia de su tío Robert Horton y en que Nellie es el obstáculo que se alza entre él y la fortuna.

Pero como está decidido a alcanzarla sea como sea, concibe un plan y lo pone en práctica en el acto.

Nellie, no repuesta aun del susto de la noche anterior, se halla junto al lecho de su padre cuando una llamada telefónica la hace salir de su ensimismamiento.

Una voz, para ella desconocida, le dice:

—El señor Cawoll se halla gravemente herido y quiere que haga usted el favor de ir a verle cuanto antes.

Segundos después el teléfono de Juan Cawoll llama a éste:

—¿Con el señor Cawoll?... Don Julio Ma-

sie está grave, señor Cawoll, y desea que venga usted a verle cuanto antes.

Tanto Nellie como su prometido se lanzan presurosos a donde les llaman ineludibles deberes.

Pero al salir la joven de su casa unos hombres convenientemente apostados se apoderan de ella, la meten en un automóvil y parten con dirección desconocida.

Una feliz casualidad hace que Alegría vea la maniobra desde una de las ventanas de su habitación y dándose perfecta cuenta del peligro que amenaza a su amiga, avisa a «Trompo», le enterá rápidamente de lo que ocurre y en el coche de éste salen ambos para enterar a Juan Cawoll de lo que pasa.

Pero Juan Cawoll ha ido a casa de su principal donde, con la natural sorpresa, ha tenido ocasión de saber que lo de la enfermedad ha sido un engaño.

Cuando regresa pensando a qué fin podrá obedecer aquella falsa llamada, su coche se cruza con el en que van Alegría y «Trompo», quienes le dan cuenta de lo que pasa.

Y mientras Cawoll se lanza a descubrir el paradero de su prometida, el chófer y la suya regresan al lado del padre de Nellie.

Ésta ha sido conducida a un caseron de los suburbios, donde queda encerrada no sin que el que capitanea a los secuestradores, que no es otro que el chófer de Gualberto Peck, un tal Dugan, que sabe tanto de la vida y milagros de su amo como su amo mismo, haga al guardián la siguiente advertencia:

—Oye, Rudesindo, esa ciudadana queda aquí

porque la ha mandado traer mi amo. Conque acuérdate de que no se hizo la miel para la boca del asno, y no vayas a querer echártelas de Tenorio, como acostumbras.

Poco después va Gualberto a hacer una visita a su secuestrada..

—No se asuste, Nellie—le dice—. Apenas llegue mi automóvil la llevaré a su casa.

Alegría enter a al señor Gray de que han secuestrado a su hija, pero le dice también que Juan anda buscándola como un loco por toda la ciudad y que seguramente dará con ella.

Aquella noche es noche de insomnio para Gray y para sus vecinos.

«Trompo», que muchas veces se empeña en hacer bueno su mote, hojea los diarios de la mañana. Leyendo al azar noticia tras noticia, sus ojos se paran ante una que da cuenta del fallecimiento del millonario Robert Horton, víctima de un ataque de apoplejía.

Y entonces es cuando Juan Gray descubre su verdadera personalidad y cuenta a Alegría y a su novio la historia de Nellie.

—Ahora que podría llevarla al lado de su madre—dice—, no sabemos donde está ni si volveremos a verla.

—¿De modo que esa señora es la mamá de Nellie?—pregunta Alegría.

—Sí, Nellie es hija de Horton. Es indispensable que yo hable con ella cuanto antes. Vayan a buscarla y díganle que Lipton necesita hablar con ella y le suplica que venga a verle.

Los jóvenes no se hacen repetir la orden y salen con la velocidad del rayo en el automóvil de «Trompo». Pero una avería les deja a mitad



El encuentro entre ambos es terrible, verdaderamente terrible (pág. 27)

del camino cuando regresaban con Margarita.

—No anda ni a patadas—dice el novio de Alegría.

—Pues nos iremos en el tren aéreo—le responde Alegría.

Y como los minutos son de una angustia infinita para la pobre madre, ambas toman asiento en uno de los coches del ferrocarril elevado que cruza en todas direcciones la grandiosa urbe neoyorquina.

Mientras estos hechos tienen lugar en un extremo de la ciudad, en el que se halla la desventurada Nellie ocurre también algo muy poco agradable.

El celeberrimo Rudesindo, no obstante la advertencia que le hiciera el chófer de Gualberto, no puede resistir a la tentación de aprovecharse de la soledad en que se halla, cerca, tan cerca de su linda prisionera, y penetra en el aposento donde ésta se encuentra, con no muy buenas intenciones.

Como sus requerimientos no encuentran eco en el ánimo de la joven y la ocasión le es propicia, recurre a la violencia.

Pero esta vez Peck llega a tiempo de evitar un brutal atropello, si bien su presencia de nuevo en aquel lugar tiene una finalidad bien distinta.

Entre ambos hombres se entabla una lucha cruel de la que Gualberto no hubiera salido muy bien librado, tal vez, sin la oportuna llegada de su chófer Dugan y de dos de sus secuaces.

Puesto Rudesindo fuera de combate, Gualberto ordena a sus hombres que suban el inani-

mado cuerpo de Nellie a uno de los pisos altos de la casa y que la coloquen sobre los rieles del tren aéreo para que el paso del primer convoy haga lo demás, sin responsabilidad para nadie.

Mas como la Providencia juega siempre un papel principalísimo en todos los actos de nuestra vida, ella hace que Juan Cawoll vea a Gualberto Peck penetrar en el caserón inmundo donde se halla su víctima, y aun cuando tiene que vencer algunos obstáculos para llegar hasta el rincón en que han tenido lugar las anteriores escenas, lo logra al cabo, dándose perfecta cuenta de cuanto ocurre.

El encuentro entre ambos es terrible, verdaderamente terrible. La lucha que se entabla tiene alternativas, algunas de las cuales están a punto de ser fatales para el heroico Cawoll, pero al cabo la fortuna se pone de su lado y cuando ya tiene completamente vencido a su rival logra arrancar la declaración de que Nellie está arriba y arriba se lanza Cawoll, en busca de la joven.

En tanto, en el tren aéreo en que van Margarita y Alegría ha ocurrido una fatal contradicción. El conductor, víctima de un ataque, no sólo ha perdido el conocimiento y, por tanto, la dirección del convoy, sino que al sentirse desfallecer retuvo entre sus manos la llave del freno que cae a la vía cuando las fuerzas le faltan por completo.

Y así avanza el tren, sin dirección, conduciendo a una muerte segura a los pasajeros.

La mole de acero pasa por una estación y luego por otra sin detenerse, como debiera. Entonces y sólo entonces se dan todos cuenta de

que algo anormal sucede, y cuando uno de los empleados llega hasta la garita del conductor halla a éste sin dar señales de vida.

A partir de este momento sólo se piensa en detener el tren en su desenfrenada carrera hacia una muerte segura para sus ocupantes.

La empresa no es cosa fácil, porque se carece de llave que pueda hacer funcionar el freno de aire comprimido.

Y el convoy avanza, avanza siempre, acercándose cada vez más al lugar donde el cuerpo de Nellie aguarda su trágico fin.

Cawoll, a su vez, lucha por desasirse de aquellos hombres que tratan de cortarle el paso.

Los segundos son de una angustia infinita para todos.

La muerte parece no querer abandonar sus presas.

En el tren se lucha infructuosamente por hacer funcionar los frenos, pareciendo a todos un siglo cada segundo, durante el cual la mole trepidante devora metros y más metros.

Por fin uno de los viajeros facilita una llave inglesa con la cual se consigue aprisionar la espiga del freno y que éste funcione, quedando conjurado todo riesgo.

Pero, ¿cuándo se logra parar el tren? Pues en el preciso momento en que el primer juego de ruedas iba a pasar sobre el cuerpo de la infeliz Nellie, que veía acercarse la muerte sin poder escapar.

Juan Cawoll, por su parte, ha triunfado también de sus enemigos y tiene ocasión de ver el grave riesgo en que está su prometida...

Mas esa fuerza sobrenatural que ordena todas las cosas de la vida ha querido evitar tanta tragedia.

Y aquellas vidas cuyo fin parecía inmediato surgen de sí mismas para gozar de las venturas de un nuevo estado de cosas.

Margarita, la infeliz madre, tiene al fin el consuelo de abrazar a Nellie, la hija idolatrada, cuya desaparición le mantuvo en constante zozobra durante quince interminables años.

Nellie y Juan Cawoll podrán al cabo gozar plenamente de un amor sometido a tan duras pruebas y quien sabe si hasta Ricardo Lipton alcanzará también el premio a su lealtad, mantenida a través de todas las adversidades.

Para todos, incluso para Alegría y para «Trompo» ha sonado la hora del desquite, de la felicidad.

Y como no es cosa de echar una sola gota de acíbar sobre tan dulces realidades, dejemos en el olvido, ya que nadie se acuerda de él, al taimado de Gualberto Peck, de quien se ha hecho definitivamente aliada la adversidad.

FIN

EN PRENSA:

¡SENSACIONAL!

¿El amor del hombre es efímero
o heroico?

Lo sabrá usted con la emocionante novela

**Las cataratas
del diablo**
o Como aman los hombres

por las geniales artistas

BLANCHE SWEET
BÁRBARA LA MARR

y el simpático

JOHN BOWERS

Postal de BÁRBARA LA MARR